

SOCIALES en DEBATE 05

Dólar: desterritorialización y arraigo

Alejandro KAUFMAN

INVESTIGADOR DEL INSTITUTO GINO GERMANI. DOCENTE DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA) Y DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES.

Inútil sería ceder a la tentación de decir algo como “necesitaríamos disponer, crear o discutir un lenguaje común, público, político, acerca de la economía”, aun cuando no cejáramos en el afán por ir en busca de esa lengua utópica. Entonces podríamos trazarnos una meta más modesta: compartir la procura, la exigencia, el anhelo de una lengua sobre la vida en común que nos permita apropiarnos e intervenir sobre lo que llamamos economía. No es cuestión de solicitar el dominio de lo *común* o de una lengua empática para eludir el fárrago *técnico*. La institución de lo público, cualquier expectativa mínima respectiva, renuncia de antemano a practicar traducciones entre lo irreductible técnico y lo público común. Así, en cualquier orden cognitivo. Nuestras expectativas alientan una convivencia tensa y en fricción pero de algún modo coordinada entre las esferas inaccesibles de la técnica para el común y la *comunicación*. Sin una coordinación semejante, que resulta no obstante improbable e infrecuente, sólo queda intervenir sobre las multitudes de maneras persuasivas rústicas.

En las sociedades multitudinarias, aquello que antiguamente había sido imaginado como un “gran animal”, el gran número, desborda de manera concluyente los límites de la imaginación. En la actualidad, eso que llamamos economía —y que hoy es sinónimo de capitalismo— alude, además de sus previsible especificidades, a la ciencia social de las relaciones entre las multitudes y el futuro. El *capitalismo* constituye la materialidad de su poder sobre la apropiación del futuro. El tiempo porvenir está inscripto en la etimología de la categoría del trabajo: el sufrimiento infligido no mantenía su eficacia solo por su uso efectivo, sino como amenaza. De lo que trata la economía es del miedo al porvenir, allí cuando la materialidad del poder se conquista por la competencia en la apropiación de los *futuros*. Y es que se nos expone no sólo a la amenaza del sufrimiento sino a la extorsión impuesta por lo fructivo del consumo, que es obligatorio. La trama inextricable entre miedo a la desocupación y seducción del consumo constituye la subjetivación totalitaria que enhebra nuestras relaciones sociales. Felicidad obligatoria bajo pena de cancelación vital.

Asistimos a una coyuntura relativamente prolongada durante la cual un rasgo decisivo y contrahegemónico de los populismos se define por la instauración del presente. Al oponerse a situaciones de gran detrimento se eleva un margen objetivo para el presente. La distribución relativa de la riqueza y el mejoramiento de las condiciones materiales de las multitudes configura un estado de cosas patente que permite, en lugar de prometer, referir a lo realizado. Ello vacía de referencias a las oposiciones políticas ya que, aun para formular lenguajes anticapitalistas, se ven acorraladas por el compromiso con la promesa, con la remisión al futuro, contrapuestos a concreciones irreductibles. Podría conjeturarse que en esa situación dilemática reside al menos una de las razones por las que los populismos son proclives a ser enfrentados —de manera destituyente— por izquierda y por derecha: porque lo patente de las condiciones materiales efectivamente alcanzadas es lo que en términos prácticos define una institucionalidad realmente existente, sostenida por tramas territoriales, sistemas de lealtades, compromisos concretos.

La lucha política se dirime en el orden simbólico, en la erosión de las percepciones, los registros comparativos, las memorias. Como en ningún otro lado, entre nosotros puede definirse el populismo como una memoria de concreciones, como una fundación experiencial del presente. Es una memoria que remite a cuando en lugar de promesas se experimentaba la actualidad. Entonces no es como promesa que sobrevive el ave fénix del movimientismo populista sino como recuperación de un presente perdido. Nuestro puñado de artistas —de manera ejemplar Daniel Santoro, Leonardo Favio— cimentaron sus obras sobre esa subjetividad colectiva perdida y sobreviviente.

Cuando no se dispone ya del recurso al golpe de Estado militar, la lucha por los significados se introduce en los intersticios del movimientismo. Entre nosotros la convertibilidad fue la forma en que se popularizó el dólar, ese del que el líder populista había preguntado a la multitud “¿acaso alguien vio un dólar?” El noventismo popularizó el dólar, y del mismo modo que en la dictadura, asentó la expropiación generalizada de las multitudes en un acceso efímero y engañoso al consumo (no obstante que no otra cosa sea en general el consumo: efímero y engañoso aun en el mejor de los casos).

En la era digital y global, la moneda experimenta cambios exponenciales en sus temporalidades, alcances y disipación. Seguramente asistimos al umbral de nuevos lenguajes, aunque solo los anhelamos por ahora para el desempeño público, en tanto disponemos de ellos en el orden esotérico, especializado. Ello sucede a la vez que conservamos formas discursivas arcaicas que, al exponerse a la luz

deberían deshacerse como algunos hallazgos arqueológicos, de esos que no resisten el descubrimiento y se pulverizan al extraerlos de las profundidades. Así sucede con viejas dicotomías como naturaleza/cultura o como ciencia/técnica. No estamos en condiciones de prescindir de ellas, pero es perentorio asumir la responsabilidad por su caducidad. Es que si la moneda se volatiliza como una premonición fantasmal de un futuro imposible en el que todos pierden salvo una minoría ultramillonaria hasta el extremo más escandaloso de la obscenidad, algo correlativo sucede con la materialidad entendida en su sentido categorial, ontológico. El entorno que habitamos no está más constituido del modo que aprendemos en la escuela. En las pantallas que la técnica destina al manejo del mundo la materialidad adquiere análogos contornos fantasmales. No hay suelo sobre el que sostenerse con la certidumbre que los antiguos navegantes hallaban al tocar tierra. Nos hemos vuelto navegantes de la tierra firme, que nos acosa con huracanes y maremotos. Para una mirada atenta la pesca en alta mar y la minería comienzan a adoptar semejanzas impensables hace algunos años. Nuestros cuerpos hace rato que ya no están limitados por la piel. Transitamos una gran mutación de la existencia y de la materialidad, y a la vez habitamos nuestras lenguas seculares, con las que a duras penas enfrentamos lo que se nos viene al cruce, y que por añadidura, es resultado de nuestra propia acción colectiva como especie.

Antes que al pesimismo, palabras como las aquí expuestas intentan invocar la cautela, la prudencia y la lucidez antes que las urgencias que parecen ineludibles y en cambio esconden sus propósitos inconfesables, ya que se presumen como instancias de lo real, cuando son más bien instrumentos de lucha por el poder, por el dominio de la contingencia.

Cierto que gobernar y discutir sobre lo político en el orden de lo común requiere poner en discusión los lenguajes, las narraciones, las representaciones, mientras que la propia inmersión en la esfera pública, o lo que sea que se represente por esa categoría, distorsiona, devalúa, deflaciona cualquier esfuerzo por simbolizar, por significar, reduciéndolo a la trivialidad, la espectacularización y la violencia simbólica.

Se necesita no perder de vista que lo dicho públicamente no remite tantas veces al significado literal sino a la performación de un estado de cosas sustentado por la viabilidad propia del mensaje. Una cohorte de economistas que transite por el espacio público formulando tecnicismos conducentes a catástrofes no tiene mucho que ver con científicos que debaten sobre sus conocimientos técnicos, sino con eufemismos cuya sola prosecución confiere la certificación de su eficacia en las determinaciones de los acontecimientos. Es ello lo que lleva a que se puedan reducir sueldos o dejar que se suiciden jubilados ante multitudes azoradas, aplastadas por la desmoralización. Por la misma razón, la mera recuperación relativa e insuficiente de condiciones materiales, por incompletas que sean, tiene el valor de institucionalizar una condición de politicidad que no tiene que ver con frases relevadas de lecturas llanas sobre la vida política, sino con un empoderamiento de las multitudes. ¿Cómo combatirlo desde los intereses dominantes cuando durante décadas renunciaron a las formas políticas de la institucionalidad democrática? Allí es cuando se prosigue con los mismos recursos, aunque por otros métodos. Si la amenaza no es viable mediante la represión, mediante el uso del monopolio estatal de la fuerza, entonces quedan los métodos de imposición del miedo, la extorsión de las multitudes empujándolas al terror. Estamos tan habituados a vivir en atmósferas de angustia constante que nos hemos vuelto adictos al maltrato, algo típico de las asimetrías sostenidas por violencias vinculares, de carácter verbal, simbólico, representacional. No hemos logrado remontar ese obstáculo. Los oponentes han sabido mantenerse en sus posiciones, a pesar de los esfuerzos realizados.

“Todos los días nos invaden los marcianos”, decíamos hace ya cinco años. Y no hemos salido de esa situación, aunque bastante ha cambiado. Si no fue tanto es menos por la magnitud de los esfuerzos realizados que por lo formidable que se enfrenta. Las palabras del poder, que lo son del poder porque no hemos logrado contraponerles otras palabras: “inseguridad”, “inflación”, “enriquecimiento ilícito”, “pobreza”, “libertad de expresión”; todas ellas remiten en forma densa al pánico moral, a la conducción de las multitudes hacia laberintos de angustia, extravío, incertidumbre. Todas ellas describen en forma cifrada operaciones llevadas a cabo por los intereses dominantes y reproducidas al mismo tiempo que se simula denunciar todos los males que habría que superar, y que aun algunas de las fuerzas políticas más díscolas han incorporado a su vocabulario con resultados indelebles. Todas esas palabras ocultan la única expresión decisiva para la discusión radical, de raíz, sobre la política, que es la discusión en cualquier grado, hasta cualquier punto, siempre que no se consienta con la mistificación, del enriquecimiento ilícito. La política en el capitalismo tal como se desenvuelve en la actualidad es el debate público sobre la producción de riqueza y sobre todas sus consecuencias y sobre ninguna otra cosa. El gran miedo repro-

ducido a cada momento, a cada instante, en cada lugar, asfixia, quita el aliento, acalla las voces y oprime los pensamientos. Llamamos libertad de expresión a la impunidad que tienen poderes concentrados para inducir pánico en las multitudes, sin que atinemos de manera eficaz a ponerles limitaciones. No es libre el espectador en el teatro colmado de gritar “fuego”, pero en nuestras pantallas arden las alarmas las 24 horas, transitando el ánimo colectivo por períodos de inquietudes, en mayor o menor grado.

Así, el “dólar” no ha fungido meramente como aquello que describen los economistas, a quienes se les dispensa por utilizar un lenguaje psicosocial que remite a los estados mentales multitudinarios, aunque en forma entreverada y omitida: “hábito de pensar en dólares”, dicen. No se pone aquí en cuestión el dominio cognitivo de la economía sobre los comportamientos, sino las derivas conversacionales en el orden público, que confieren a los datos un supuesto determinismo que es más bien parte del “hábito” dolarizador o inflacionario.

Una condición fundamental de la institución de la sociedad —pero no de *cualquier* sociedad, sino de la *nuestra*— es lo que podríamos llamar aquí “gestión colectiva del miedo”, que no tiene relación alguna con lo que objetivamente suceda. Al contrario, cuantas más razones *objetivas* puedan justificar el miedo, más decisivo es que las multitudes sean gobernadas para no sucumbir al peligro. Nuestra historia reciente se destaca exactamente por lo contrario hasta extremos inusuales y singulares, que no advertimos —aunque lo hacemos más que antes— porque estamos inmersos en ellos y sólo alejando la mirada por un instante resulta posible acomodarse a la imagen que se forma, que resulta inquietante por lo abusivo de nuestros hábitos colectivos en lo que concierne a la interlocución.

La remisión al miedo puede ser organizadora de un colectivo social cuando conduce a la gobernabilidad, por más que ningún ánimo de democracia popular o de izquierda querría nunca optar por tal camino —con razón—. Pero es lo que sucede en la historia política cuando el peligro es real o ficticio. La conducción de las multitudes hacia un propósito es lo destinado al cuestionamiento crítico democrático, que requiere siempre el recurso máximo a la verdad pública. El razonamiento político tiene a esas conducciones como premisa de su abstracción, y es por ello que reflexionar —no meramente

enunciar— sobre lo destituyente requiere poner en cuestión tal premisa. Nuestro conflicto sociopolítico cuenta con una contradicción entre la institucionalidad realmente existente, afín a intereses populares, y los intereses dominantes, no sustentados por las premisas instituyentes que proclaman hasta el hartazgo, sino por todo lo contrario, por la disolución de multitudes sustentadas por condiciones materiales de reproducción de la existencia en favor de su desagregación pánica.

Todavía es la modalidad prevaleciente, aunque es cierto que hay indicios empíricos de cambio en este sentido, congruentes con que un muy prolongado estado de estrés colectivo puede perder eficacia para lo que pretenden quienes lo provocan.

Asistimos a una acción de desterritorialización de las multitudes. Trato que se les confiere como correlato del propio cosmopolitismo socio económico cultural con que se autoperciben nuestros enriquecidos lícitos. Mientras que ellos, tenedores de la tierra y los activos financieros se ven a sí mismos como partícipes de la *pax americana*, para lo cual el dólar es carta de ciudadanía, consideran a gran parte de la población argentina como *prescindible, susceptible de cancelación*. De otro modo es imposible explicar cómo modestos progresos igualitarios ocasionan destrozos morales de la magnitud a la que asistimos. Navaja de Occam mediante, las clases dominantes y sus súbditos ideológicos de otras clases asientan su bienestar moral en la compasión hacia la pobreza, a la vez que odian hasta la muerte cualquier mejora que esa pobreza tan lamentada podría alcanzar. Todo ello en alianza con las subjetividades políticas que, al no conseguir sustraerse a una episteme política de futuros, promesante, no pueden sino rechazar la materialidad efectivamente constituida por ver en ella su propia fragilidad política.

La metáfora de la batalla cultural contra el hábito dolarizador podrá resultarnos filosófica o literariamente insuficiente. Sin embargo, las intuiciones que la guían proceden de un compromiso con la igualdad y la justicia que no resulta desmentido —aun con sus limitaciones, contradicciones y máculas morales— en lo realmente existente (¿hace falta recordar la grisácea coloración que conlleva esta expresión, “realmente existente”?). En suma: crítica radical del capitalismo, concesión coyuntural sobre bases materiales efectivas; paráfrasis del pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad. Dilemas que en definitiva alientan al populismo, al nuestro.